

Carta a Edmundo O'Gorman

♦
SERGIO FERNÁNDEZ

Maestro:

Al pensar en que usted me dijo en alguna ocasión que no quería ningún acto solemne a su fallecimiento; después del dolor recibido cuando lo vi ya enfermo, ahora presumo que lo único conveniente será revisar —con este grupo de amigos suyos que tanto lo admiraron— unos cuantos momentos divertidos para acompañarnos mutuamente. Éste es pues, mi duelo; éste es pues, mi acercamiento a usted, parte afecto profundo, parte admiración y reconocimiento en el entendido de que al escribirle esta carta no será la última vez que estemos juntos, ya que temprano, más que tarde, nos comunicaremos otra vez. Han sido tantas, que es imposible recordarlo. Por eso, para evocar a los fieles que le mandaban recaditos a Dios prendidos al cuerpo de la niña Natividad Quintuche, le pongo uno a usted, que siempre tuvo un tan intenso diálogo conmigo, el más difícil habido en mis relaciones personales; el más amplio y culto, también.

Pero *Torotumbo*, la novela de Asturias, abraza a la indiecita con ternura, mientras entre usted y yo hubo una relación de padre a hijo más bien estricta, lo que la volvió para mí redentora. Usted me enseñó a usar los cubiertos, a ser puntual, a estructurar mis tesis allá, en la lejana Mascarones, a ser una fiera y no un conejo, a saber del padre Las Casas, a leer a Voltaire, a Hume, a Diderot; a conocer a Kant y a Hegel. Me enseñó a amar a la Universidad y me advirtió de las distancias necesarias para uno defenderse del poder de las mujeres que fueron, a qué dudar, el eje emotivo de su vida. El otro, obviamente, es la historia: pero no fue sólo un gozne intelectual sino también uno espiritual que lo llevó a vivir con desenfado y alegría sus años que —como los de todos— se consumen muy rápidamente.

¿A qué más me enseñó? La lista sería interminable. Conversamos, conversamos, conversamos o, si he de ser sincero, más bien yo escuchaba. Viajamos algunas veces juntos y tomamos la copa en El farolito de Cuernavaca donde por

cierto una vez, en nuestra mesa, un gringo amigo suyo fue acometido por lo bajo del mantel por otro, un viejo conocido nuestro. El gringo se levantó a pegarle y usted le dijo: “Quieto: cuando llegue a mi edad verá que todo manoseo es un gran cumplido.” Y apenas tenía usted cincuenta.

La vida era frívola y culta pues ésta, sin la frivolidad, enfriaba el alma, decía usted, que siempre ha sido Jano. A este respecto recuerdo que sábado a sábado leímos la novela de Proust como un gran chisme para volverlo nuestro; por eso, divertidos y maravillados a un tiempo, buscamos entre otras muchas pistas afanosamente quién fuera Vinteuil en la vida y sobre todo la frase que a Swann lo perturbaba en la partitura del músico por recordarle sus primeros encuentros con Odette.

¿Quién sería? ¿Saint-Saëns, César Frank, Fauré, Chausson? Pero el tiempo se comía a la vida, imperceptiblemente. Por otra parte también se nos iban las sobremesas de los miércoles —en su casa de la calle Reforma— al escuchar yo atentamente *La invención de América* y saber a quiénes usted, con su pluma asesina, tenía ya en los panteones y quiénes estaban en la mira: García Granados, Picón Salas, Bataillon, Octavio Paz y otros muchos ilustres que no se salvaron de la guadaña que los derribó. A unos pánico, a otros respeto y amor: eso sembraba usted. ¡Ah, cómo es bello y deferente recordarlo en plena acción batallando, pues pelear fue, en usted, el alimento cotidiano!

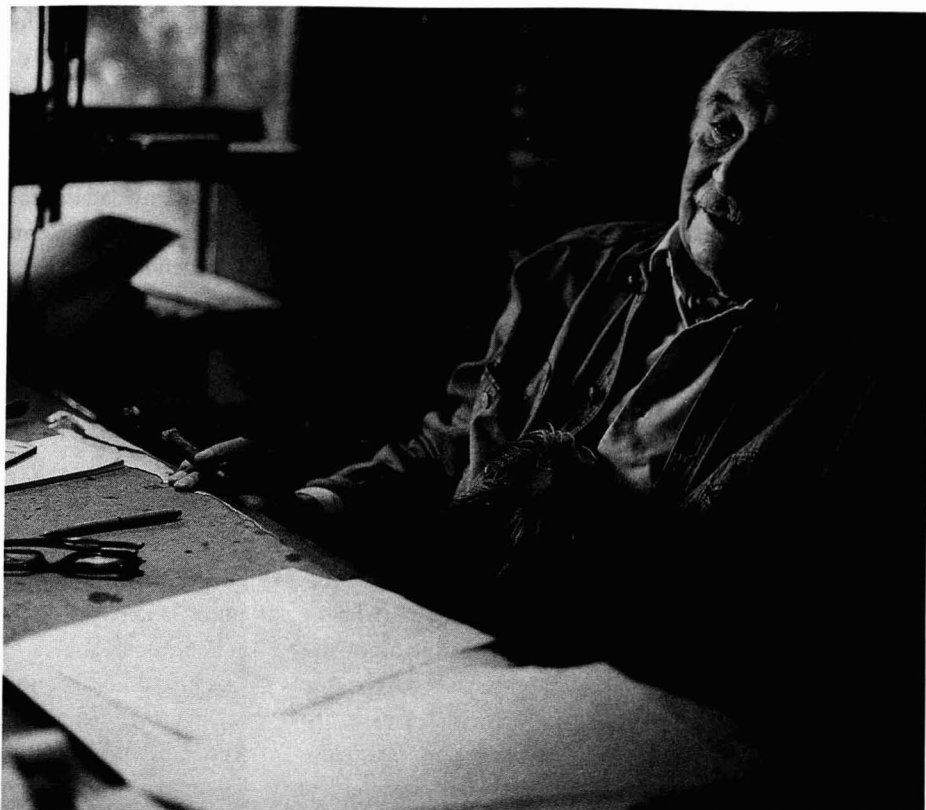
Por eso me doy el lujo de rememorar ciertos encuentros, para que usted, Maestro, diga: “es cierto, yo se lo dije a usted: escriba, escriba, aun cuando a veces no esté de acuerdo con sus propuestas literarias, a las que considero pedantes y arbitrarias”.

Y a manera de núcleos de vida, sigan unos cuantos más para regodearme en nuestras mutuas relaciones, arcaicas pues ya todo pasó; actuales ya que siempre están en la memoria aunque usted y yo no nos volvamos a ver nunca más, nunca, como no sea a través de la invocación —fuertemente emotiva— que es esta carta.

“Llegue usted en punto de las ocho. Mis invitados serán, esta vez, Elisita, los del Moral y el Gringo de la Mora, Barragán, Justino, Toño Peláez y Gaos. Necesitamos mujeres bonitas: le diré a Tere Archer y a la Quikis. Dígale a Elisita que me traiga el postre: los hace excelentes; usted, vino o lo que se le ocurra. A Paco de la Maza lo dejamos fuera porque últimamente me enferma. Al convidado principal —a Cernuda— lo recibiremos cuando usted lo traiga porque ya me dijeron que es una tumba, de modo que tendremos que lidiarlo aparte.”

Fue la cena más plombrínea que yo recuerde que hayamos tenido en muchos años. Gaos, pendiente del reloj, miraba constantemente la hora de charlar, de comer; cuidaba del diálogo —siempre en las alturas de la filosofía, aunque riera— y se retiraba antes de tiempo. Pero si Gaos puso remedio al irse, Luis Cernuda nunca lo tuvo en las horas en que con lazo oscuro nos amarró a su tedio. Impávido, vestido como un dandi si bien a la andaluza, jamás tuvo la pizca de humor que lo hubiera salvado de tanta oquedad almacenada. Por eso paradójicamente nos dejó deslumbrados aquellas horas en que acaso pensaba —al escucharnos en silencio— en sus poetas ingleses preferidos o atreviéndose a decir, para romper el hielo, lodosas frases sobre su destierro en Estados Unidos.

“Yo no sirvo más que para escribir”, nos dijo al retirarse; y usted, que lo escuchó, le contestó: “Hágalo, hágalo, Luis, que nosotros *sólo* estaremos dispuestos a leerlo.” Pero al irse ambos (Gaos y Cernuda), los demás suspiramos como si la vida, a raudales, nos llegara al estómago y entonces —con adictos o nuevos invitados— entrábamos, como en los viejos salones porfiristas, a leernos cartas previamente inventadas, dirigidas entre nosotros; cartas que nos leíamos: cartas —digo— inteligentes y malvadas, que mucho nos entretenían, ya sobre los celos, o el tedio, o la crueldad, o la amistad o, naturalmente, el amor. O nos sumergíamos en otra fiesta, en la algarazara del alcohol, con Luis Prieto, Chelo Abascal, Pitó y aquella chica linda —Paloma— con quien usted tenía sus dares y tomares. Pero como habían roto, usted inventó que yo le sirviera de “Celestina”, tal como se hizo, porque me encanta ese papel. Entonces... el gozo al pozo porque ella, de pésimo carácter, en el interior de su coche (por razones de encono) me afianzó de la corbata para intentar ahorcarme por lo que yo (que compré un ramo de flores con dinero de usted), para



quitármela de encima se lo aplasté en el centro mismo de la cabeza.

Entonces Paloma, furiosa, se bajó del Studebaker por lo que nos quedamos, usted sin hablarme por un tiempo, igualmente furioso, y los demás con el espectro de aquella diminuta guerra de las rosas.

No sé en qué momento —quizás al cumplir usted sesenta años de vida— Elisa Vargaslugo y yo le hicimos una gran recepción —¿lo recuerda?— en el restaurante Ambassadeurs, todo de gala con sus alumnos y amigos convidados, gente de alcurnia —ahora cadáveres de lujo— desde Dolores del Río a Carlos Pellicer; desde Nabor Carrillo hasta Salvador Novo quien, sentado frente a Justino Fernández tuvo con él un breve y singular diálogo: “Salvador, eso que tiene sobre la cabeza es un tupé”, le dijo Justino con la sorna de siempre. A lo que Novo contestó coqueta y descaradamente: “No, Justino, tupé es ponérselo.” Y llevaba, en efecto, una peluca anaranjada, color más bien zanahoria, que lo hacía muy feliz.

En aquella ocasión hablamos Ortega y Medina, Gaos y yo mismo, por lo que al día siguiente, para agradecerme usted el homenaje me convidó a cenar y me dijo: “Recibí su libro. Lo leí con gran atención: usted tiene mucho talento pero su novela es pésima, lo que se dice pésima, a menos que le componga esto y eso más y aquello.” Yo no contesté de rabia por lo que la situación se volvió embarazosa, pero pasado el tiempo tuve que confesarme que era cierto; que el libro no era literatura; que sólo era una enseñanza que a mí mismo me di. Esas fueron las experiencias que me enriquecieron, las

que me hicieron un adulto; las que le debo a usted lo mismo en las tardes de lluvia, que en los días soleados, que en las noches de juega pasadas en su casa para solaz de sus amigos, que lo fueron hasta su fin.

Pero recordemos aquella reunión de disfraces que, para celebrar otro cumpleaños, en este caso el mío, hizo Toño en su casa: yo de marinero niño, con pantalones cortos y una gran corbata de lazada blanca; Pina Pellicer de rana; la Chacha no sé de qué; Roberto Garza de alquimista, con dos redomas en las manos, Lola Feliú de *twenties*, Amelia Abascal de Maritornes, Tita Casasús de marquesa, Pita Amor de sí misma y usted, Maestro, de pirata. Los demás enjaezados, en jolgorio suicida. Entonces fue usted el asaltado: Pina lo atacó a rasguños por celosa y Lola le dio a ella un empujón para librarlo a usted, por lo que ella rebotó en el suelo y se le hinchó la cara, de nervios, mientras Mauricio González de la Garza comenzó a gritar —nadie sabe por qué— “ladrones, ladrones”. La fiesta continuó en delirios, como siempre, pues para eso parecía que hubiéramos nacido. Pero antes, usted, de plácemes, se quitó el parche que tienen los piratas y en plena fiesta, nos leyó un parrafito que decía: “El verdadero amor sólo se reconoce por sus aberraciones; pero éstas son tan sorprendentes, tan inexplicables para cualquiera otra persona, que el verdadero amor casi nunca se reconoce.” Entonces comprendimos que toda relación es peligrosa.

¿Y la Academia? Seguía por su cuenta, paralelamente, sin distraernos de nuestras lecturas a dúo: ya Dostoievsky, ya *El Quijote*, ya Virginia Woolf o Henry James. “La cultura es la vida... a los clásicos hay que leerlos sin miedo, como íntimos amigos; ...la civilización es para aligerarnos la existencia: *sursum corda*. Sólo la literatura nos entristece sin ensombrecernos pero ¡qué experiencia! Se llega al fondo del infierno, pero si se sale, es para convertirnos en algo diferente. Eso es: un gran escritor nos transforma y debe entretenernos. Pero en los grandes, como en los pequeños, también hay algunos atroces: ¿No le dan pereza Wagner y Goethe? Son los que formaron el nazismo... Páseme, por favor, otra copa de vino...” Y usted siempre vigilante de nosotros, queriéndonos a su manera, látigo en mano, riñas aquí y allá, para luego borrar y cuenta nueva.

En cuanto a mí, reitero que el motivo de esta carta es comunicarme con usted sin solemnidades; para no tropezarnos —según su deseo— con las miserias a las que a veces nos conduce... “pensar y sentir, cosas ambas muy tristes”. Por eso traeré a colación aquella fiesta en que el propio Toño hizo una en honor de la Félix. La casa de Rosas Moreno abarrotada: Tamayo cantando a la guitarra sus sonos revolucionarios, con un sonsonete entre aburrido y deslumbrante; algunos negros del ballet de Katherine Duncan; jóvenes de mi generación, todos enloquecidos por lo que daba la ciudad, maravillosa a esas alturas de su historia; y Tinina Calles, la Garro, el doctor Fournier y Carito Amor, Cordelia y Margarita Urueta, la bella Olivia Zúñiga, la no menos hermosa

Gloria Cándano. Todo mundo opacado por la presencia de María quien, vestida de pantalones y con botas, hizo su entrada inundándonos con un collarote de esmeraldas y un enorme brillante en un dedo, por lo que usted, al saludarla, le dijo: “María, déjame tocarte ese vidrio...” Y ¿quién llegó sin ser convidada? Pita Amor que, con un gran vaso de cristal a la mitad de agua, con una amapola en el centro, se presentó diciendo: “Toñito, ¿verdad que me esperabas? Esta flor es para María.” Y se metió a la fiesta sin ser convidada, con una faldita muy corta de organdí, su cara de muñeca y sus dientes de lobo.

La sala —digo— estaba tan a reventar que Pita quedó en el lado contrario de la Félix. Pero se las amañó de tal modo que cuando acordamos ya estaba junto a ella y en unas y las otras le pidió prestadas las joyas y, cuando logró ponerlas se trepó en la pequeña mesa de la sala y gritó a voz en cuello: “Torero, torero...” por lo que usted, sin mayor premura, la llevó del brazo hasta la puerta y le dijo: “Pita, basta”, y la echó de la casa. Toño entonces comentó en voz alta: “Es bruja; no sé cómo se enteró de la fiesta. Guadalupe me va a matar de un coraje; qué bueno que Edmundo la corrió, debió haberla echado a patadas.” Pero luego volvió y empezó a decir sus versos, inconteniblemente, por lo que la Félix pasado un rato se levantó y se fue, ella sí, para siempre.

Mucho tiempo pasó. Usted y yo nos distanciamos, sin dejar de querernos. *You were too much*, por lo que me retiré a asimilar sus enseñanzas, todas inteligentes, irónicas, con sus grandes flancos de generosidad y de diabolismo a un tiempo: todas, por eso mismo, irrescatables. Luego vino otra vez la cercanía: la muerte de Gaos y una carta mía de condolencias arreglaron nuestras desavenencias. Pero usted, que la aceptó, le dijo a Toño: “Me escribió Sergio. Su carta es demasiado perfecta para creerla. Pero me gusta y me gusta —a fin de cuentas— lo que hace.”

Luego, de tanto asediario, usted cedió a regañadientes por lo que poco a poco se restañaron aquellos rencores de un padre estricto y querelloso con un hijo rebelde. Por eso de tarde en tarde lo veía, lo besaba en la frente y recordábamos, en silencio, nuestra amistad de siglos.

Debo ya terminar no sin agregar que ignoro —con indignación— por qué no fue velado en Bellas Artes y por qué no está en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Sin embargo todos nosotros sabemos que si usted no está allí sí en cambio se halla en la esfera de las inteligencias luminosas. La historia, raramente enjaezada con una imaginación como la suya, ha apoyado esta empresa.

México, D.F., Los empeños, San Ángel a 30 de octubre de 1995.

P.S. Maestro: Este recado es parte de lo cotidiano. Lo fundamental queda reservado para una biografía. ♦